

Louise Glück

Noche fiel y virtuosa

Traducción de Andrés Catalán



Tras la publicación de su poesía reunida en 2012, la poeta Louise Glück (Nueva York, 1943) ha seguido en *Noche fiel y virtuosa* (2014) el consejo de su colega Richard Siken de «jugar en el barro, solamente jugar en el barro». En el que es su último libro publicado antes de la concesión del Premio Nobel en 2020, Glück abandona las máscaras mitológicas de su obra anterior para mirar desde la vejez directamente al horizonte de la muerte –la propia, la de los seres queridos– en una serie de poemas (que incluye por primera vez poemas en prosa) en la que un sujeto lírico femenino, más o menos identificable con la poeta, se alterna con la voz de un *alter ego* masculino: un pintor que aborda el silencio y el lienzo en blanco del tramo final de su vida. La niñez y la vejez, la noche y el día, el pasado y el futuro, la realidad y la ficción, la blancura de la nieve y la oscuridad de los jardines, el rey Arturo y el psicoanálisis se unen en una circularidad de viajes, paseos y libros donde el sujeto despliega, con un tono onírico –«visiones oníricas medievales», las llamó un crítico–, su aceptación de la muerte, resignada, audaz y curiosa al mismo tiempo.

PARÁBOLA

Tras renunciar en primer lugar a las posesiones mundanas, como enseña San Francisco, a fin de que nuestras almas no se vieran distraídas por la ganancia y la pérdida, y a fin también de que nuestros cuerpos tuvieran la libertad de desplazarse fácilmente por los pasos montañosos, tuvimos después que debatir hacia qué lugar o por dónde viajaríamos, siendo la segunda pregunta si debíamos tener un propósito, en contra de lo cual muchos de nosotros defendimos con uñas y dientes que tal propósito equivalía a las posesiones mundanas, esto es, que suponía una limitación o restricción, mientras que otros dijeron que esta palabra nos consagraba como peregrinos en lugar de trotamundos: en nuestra cabeza, la palabra se traducía como un sueño, algo que se busca, de modo que si nos concentrábamos la veríamos resplandecer entre las piedras, y no pasaríamos por delante sin verla; cada nueva cuestión fue debatida en profundidad, las razones iban y venían, de modo que, según algunos, perdimos flexibilidad y ganamos resignación,

como soldados en una guerra inútil. Y la nieve nos caía encima, y soplaban el viento, que amainó más tarde; donde hubo nieve, aparecieron muchas flores, y donde brillaron las estrellas, se alzó el sol sobre la línea de los árboles y volvimos a tener una sombra; esto ocurrió muchas veces.

También lluvia, también inundaciones a veces, también avalanchas, en las que algunos nos perdimos, y periódicamente parecíamos alcanzar un acuerdo, con las cantimploras colgadas de los hombros; pero siempre ese momento pasaba, así que (tras muchos años) seguíamos aún en esa fase inicial, aún en los preparativos del viaje, pero habíamos cambiado pese a todo; podíamos comprobarlo en los demás; habíamos cambiado aunque nunca nos hubiéramos movido, y uno dijo: ah, ved cuánto hemos envejecido, viajando del día a la noche solamente, sin dar un paso adelante o al costado, y esto parecía milagroso en cierta forma. Y quienes creían que debíamos tener un propósito creyeron que este era el propósito, y quienes sentían que debíamos seguir siendo libres a fin de conocer la verdad sintieron que esta había sido revelada.

UNA AVENTURA

I

Una noche, a medida que me dormía, me di cuenta
de que ya no quería saber más de las aventuras amo-
rosas
que tanto tiempo me habían esclavizado. ¿No más
amor?,
murmuró mi corazón. A lo que respondí que muchos
hondos descubrimientos
aún nos aguardaban, con la esperanza, al mismo tiem-
po, de que no se me pidiera
nombrarlos. Pues no podría nombrarlos. Pero creer
que existían...
¿Seguramente valdría de algo?

II

La noche siguiente trajo el mismo pensamiento,
esta vez en lo tocante a la poesía, y en noches sucesi-
vas
otras muchas pasiones y sensaciones fueron, del mis-
mo modo,
dejadas de lado para siempre, y cada noche mi cora-
zón
se quejaba de su futuro, como un niño al que se le pri-
va de su juguete favorito.
Pero estos adioses, me dije, son ley de vida.

Y una vez más hice alusión al vasto territorio
que se abría ante nosotros a cada despedida. Y con
esa frase me convertí
en un glorioso caballero que cabalgaba hacia la pues-
ta de sol, y mi corazón
se convirtió en el corcel que montaba.

III

Estaba, como comprenderás, adentrándome en el
reino de la muerte,
aunque por qué este paisaje era tan convencional
no sabría decirlo. Aquí, también, los días eran muy lar-
gos
mientras que los años eran muy breves. El sol se hun-
dió tras la montaña lejana.
Brillaron las estrellas, la luna creció y menguó. Al poco
se me aparecieron los rostros del pasado:
mi madre y mi padre, mi hermana pequeña; no ha-
bían, parecía,
terminado de decir lo que tenían que decir, aunque
ahora
podía escucharlos porque mi corazón callaba.

IV

Llegados a este punto, alcancé el despeñadero
pero vi que la senda no descendía al otro lado;
en su lugar, tras allanarse, continuaba a esta altitud
hasta donde alcanzaba la vista, aunque poco a poco
la montaña que lo sostenía se fue desvaneciendo
y me encontré cabalgando a paso seguro por el aire;
alrededor, los muertos me aclamaban, la alegría de
encontrarlos

se diluía al tener que responderles.

V

Si antes fuimos carne intacta,
ahora éramos niebla.

Si antes fuimos un objeto con sombra,
ahora éramos sustancia sin forma, como evaporadas
sustancias químicas.

Relincha, relincha, decía mi corazón,
o tal vez, renuncia, renuncia: no era fácil saberlo^[1].

VI

Aquí finalizó la visión. Estaba en mi cama, el sol de la
mañana

se alzaba satisfecho, el edredón de plumas
formaba blancos montones sobre mis piernas.

Habías estado conmigo:

había una marca en el segundo almohadón.

Habíamos escapado de la muerte...

¿o era esta la vista desde el despeñadero?

EL PASADO

Surge en el cielo una luz tenue
de repente entre
dos ramas de pino, las finas agujas

grabadas ahora en la radiante superficie,
y sobre este
cielo alto, ligero como una pluma...

Huele el aire. Es el olor del pino blanco,
más intenso cuando lo roza el viento
y el sonido que produce igualmente extraño,
como el sonido del viento en una película...

Sombras en movimiento. Las cuerdas
suenan como suena una cuerda. Lo que oyes ahora
será el sonido del ruiseñor, *chordata*,
el macho que corteja a la hembra...

Las cuerdas ceden. La hamaca
se balancea en el viento, atada
firmemente entre dos pinos.

Huele el aire. Es el olor del pino blanco.
Es la voz de mi madre lo que escuchas
o se trata tan solo del ruido de los árboles
cuando los roza el aire

porque ¿qué sonido haría
si rozara la nada?

NOCHE FIEL Y VIRTUOSA

Mi historia comienza de un modo muy sencillo: podía hablar y era feliz.

O: podía hablar, por lo tanto era feliz.

O: era feliz, y por lo tanto hablaba.

Era como una luz brillante atravesando un cuarto a oscuras.

Si es difícil empezar, imagínate lo que será acabar...

En la cama, sábanas estampadas con veleros de colores

que transmitían, simultáneamente, la idea de aventura (en forma de exploración)

y una sensación de suave balanceo, como el de una cuna.

Es primavera, las cortinas se agitan.

La brisa entra en el cuarto, y con ella los primeros insectos.

Un zumbido parecido al sonido de las plegarias.

Recuerdos

que forman parte de un recuerdo más grande.

Puntos de claridad en la neblina, visibles intermitentemente,

como un faro cuya única tarea es emitir una señal.

¿Pero cuál es en realidad la razón de ser del faro?

Esto es el norte, dice.

No: soy tu puerto seguro.

Para su fastidio, compartía esta habitación con mi hermano mayor.

Para castigarme por mi existencia, no me dejaba dormir, leyéndome relatos de aventuras a la luz amarilla de una lámpara.

Las costumbres de antes: mi hermano de su lado de la cama,
en penumbra pero por voluntad propia,
la cabeza iluminada e inclinada sobre las manos, el rostro oculto...

En la época a la que me refiero
mi hermano estaba leyendo un libro titulado, según él,
la noche fiel y virtuosa^[2].

¿Se trataba de la noche en que leía mientras yo me quedaba en vela?

No... era una noche de hace tiempo, un lago de oscuridad en el que aparecía una piedra, y de la piedra sobresalía una espada.

Por mi cabeza desfilaban sus imitaciones,
un zumbido tenue, como de insectos.
Cuando no lo observaba, me quedaba en la cama que compartíamos
mirando al techo: nunca
fue mi parte favorita de la habitación. Me recordaba lo que no podía ver, el cielo obviamente, pero más dolorosamente
a mis padres sentados sobre las blancas nubes con su blanco atuendo de viaje.

Y sin embargo yo también viajaba,
en este caso imperceptiblemente
de esa noche a la mañana siguiente,

y yo también tenía un atuendo especial:
un pijama de rayas.

Imaginemos, digamos, un día de primavera.
Un día inofensivo: mi cumpleaños.
En el piso de abajo, tres regalos sobre la mesa del
desayuno.

En una caja, pañuelos doblados con un monograma.
En la segunda caja, lápices de colores ordenados
en tres filas, como en una fotografía de la escuela.
En la última caja, un libro titulado *Mi primera lectura*.

Mi tía dobló el papel de envolver de colores;
hizo una bola perfecta con los lazos.
Mi hermano me hizo entrega de una chocolatina
envuelta en papel de plata.
Luego, de repente, me quedé a solas.

Quizás la ocupación de un niño muy pequeño
sea la de observar y escuchar:

en ese sentido, todo el mundo estaba ocupado:
escuchaba los sonidos de los pájaros a los que dába-
mos de comer,
las tribus de insectos que eclosionaban, los pequeños
que se arrastraban por el alféizar, y arriba
la máquina de coser de mi tía haciendo
agujeros en una montaña de vestidos...

Impaciente, ¿estás impaciente?
¿Esperas a que termine el día, a que tu hermano re-
grese a su libro?
¿A que la noche regrese, fiel, virtuosa,
a que repare, brevemente, el cisma
entre tú y tus padres?

Esto, por supuesto, no ocurrió de inmediato.
Mientras tanto, era mi cumpleaños;
de alguna forma el comienzo luminoso pasó a ser
la interminable mitad.

Templado para ser final de abril. Nubes
esponjosas en lo alto, flotando entre los manzanos.
Tomé *Mi primera lectura*, que parecía ser
la historia de dos niños: no podía leer las palabras.

En la pagina tres, aparecía un perro.
En la página cinco, había una pelota: uno de los niños
la lanzaba más alto de lo que parecía posible, tras lo
cual
el perro flotaba hacia el cielo detrás de la pelota.
Esa parecía ser la historia.

Pasé las páginas. Cuando acabé,
volví a pasarlas, de modo que la historia adoptó una
forma circular,
como el zodiaco. Me mareé. La pelota amarilla

parecía carecer de criterio, igualmente
cómoda en la mano del niño o en la boca del perro...

Debajo de mí, alzándose, unas manos.
Podían haber sido las manos de cualquiera,
de un hombre, una mujer.
Sobre mi piel expuesta, lágrimas. ¿Las de quién?
¿O es que estábamos bajo la lluvia, esperando a que
llegara el coche?

El día se había puesto inestable.
Aparecieron fisuras en el ancho azul, o,
mejor dicho, unas repentinas nubes negras
se impusieron sobre el fondo celeste.

En algún lado, en los lejanos confines del tiempo,
mi madre y mi padre
se embarcan en su último viaje,
mi madre besa cariñosamente al recién nacido, mi pa-
dre
lanza a mi hermano por los aires.

Me senté junto a la ventana, alternando
mi primera lección de lectura con
la observación del paso del tiempo, mi introducción a
la filosofía y a la religión.

Dormí, tal vez. Cuando me desperté
el cielo había cambiado. Caía una fina llovizna,
haciendo que todo pareciera nuevo y fresco...

Continué observando
los frenéticos encuentros del perro
con la pelota amarilla, un objeto
que pronto sería reemplazado
por otro objeto, quizás un peluche...

Y entonces de repente cayó la tarde.
Escuché la voz de mi hermano
gritando que ya estaba en casa.

Qué mayor parecía, más mayor que esta mañana.
Dejó sus libros junto al paragüero
y fue a lavarse la cara.
Las mangas de su uniforme escolar
le colgaban a la altura de las rodillas.

No tienes ni idea de la impresión que produce
en un niño pequeño que algo
continuo se interrumpa.

Los sonidos, en este caso, del cuarto de costura,
como un taladro, pero muy lejano...

Cesaron. El silencio era omnipresente.
Y luego, en el silencio, pasos.
Y luego estábamos todos juntos, mi tía y mi hermano.

Luego llegó la hora del té.
En mi sitio, un trozo de bizcocho de jengibre
y en el centro del trozo,
una velita, lista para ser encendida.
No dices nada, señaló mi tía.

Era verdad:
de mi boca no salía ni un sonido. Y sin embargo
estaban en mi cabeza, expresados, posiblemente,
como algo menos exacto, acaso pensamientos,
aunque en aquel momento seguían pareciéndome so-
nidos.

Algo había allí donde antes no había nada.
O debería decir: no había nada
pero había sido profanado por preguntas.
Las preguntas me sobrevolaban la cabeza; tenían la
cualidad
de estar organizadas de algún modo, como planetas...

Fuera, caía la noche. ¿Era esta
aquella noche perdida, cubierta de estrellas, salpicada
de luna,
como algún producto químico que preservara
todo lo que en él estaba sumergido?

Mi tía había encendido la vela.

La oscuridad pasó por encima de la tierra

y en el mar flotaba la noche
amarrada a un madero.

Si hubiera podido hablar, ¿qué habría dicho?
Creo que habría dicho
adiós, porque en cierto sentido
era un adiós.

En fin, ¿qué iba a hacerle yo? Ya
no era un bebé.

La oscuridad me pareció reconfortante.
Alcanzaba a ver, débilmente, los veleros
azules y amarillos en el almohadón.
Estaba a solas con mi hermano;
estábamos acostados en la oscuridad, respirando jun-
tos,
en la más profunda intimidad.

Me había dado por pensar que los seres humanos se
dividen
entre quienes desean seguir adelante
y quienes desean retroceder.
O, mejor dicho, quienes desean seguir moviéndose
y quienes quieren que les paren los pies
como ante una espada flamígera.

Mi hermano me dio la mano.
Pronto esto también desaparecería
aunque quizás, en la mente de mi hermano,
sobreviviría transformado en algo imaginario...

Una vez que se empieza, ¿cómo hace uno para dete-
nerse?
Supongo que puedo esperar que me frene,
como en el caso de mis padres, un gran árbol...
la barcaza, como quien dice, habrá pasado